

Esta nueva era de triunfo incontrastable para la causa de la Verdad, la marcan nombres de lúcidos cerebros contemporáneos como los de Paul Bourget, James Bertrand, Massis, Maritain y muchos otros novelistas, pensadores, polemistas y poetas.

Por otra parte, los resultados intelectuales, morales, sociales y políticos de la acción e ideología revolucionarias, han dado lugar y han sido motivo muy principal también, para que gran parte de la juventud, después de madura reflexión, volviese al sendero seguro de la Fé, iluminado por la Esperanza. A que volviesen a acogerse al razonable centrismo de la doctrina social de la Iglesia.

En nuestros días, continúa fructificando con asombrosa fecundidad la semilla evangélica, que ha producido a través de los siglos esa flor blanca y pura de la caridad cristiana que se llama Comprensión y Amor.

Ilustran las filas católicas, innumerables y sinceros convertidos a Cristo, que como Papini y Chésteron, enaltecen y proclaman la verdad y la belleza del cristianismo y que alumbran al mundo como en otro tiempo lo hiciera esa pléyade fervorosa y entusiasta: Lacordaire, Ozanam, Mons. Segur y Newman. Verdaderos santos según la definición que nos da certeramente Zweig, cuando nos dice que ser santo es "ser heroico en el sentido del sacrificio máximo, por una idea infiltrada religiosamente". Añadiremos algo más a esa lúcida expresión, y es, que no sólo basta tener una idea profundamente incrustada en nosotros, en lo más hondo de nuestro "yo", en la cima de nuestra conciencia para ser un "buscador de Dios" al modo de Tolstoi, sino que es absolutamente necesario disciplinar nuestro espíritu en esa "suprema escuela de espiritualidad" que es la Iglesia, al decir de Julián Benda.

Debemos, finalmente, armonizar nuestros transparentes postulados espiritualistas con la urgencia de una vida íntegramente moral y serenamente religiosa; sin estertores de fanático enloquecido ni embriagueces de adormecido indiferente. Contra esa ceguera religiosa y esa ebriedad moral, tengamos y propiciemos siempre para la Humanidad entera, una amplia tolerancia y una infinita comprensión.

M. A. GARCIA CALDERON K.

~~~~~

## LA RESTRICCIÓN DE LA IMIGRACION

El Gobierno acaba de dictar, por el Ministerio de RR. EE, el decreto supremo de 26 de Junio último, restrictivo de la imigración y destinado sobre todo, a detener la peligrosa y organizada pene-

tración japonesa y su monopolio, cada vez más acentuado, de determinadas industrias y actividades (café, peluquerías, comercio al por menor, etc.) En ese decreto se señala un máximo de 16,000 inmigrantes—o sea el 2% del total de nuestra población— a cada nacionalidad; se prohíbe el ingreso de grupos raciales o sea la colonización y el traspaso de establecimientos industriales a personas de la misma nacionalidad, cuando esos nacionales han superado el porcentaje señalado —casi de los japoneses que en la actualidad, son más de 22,000 en el Perú— y por último, se crea el Consejo Nacional de Inmigración y Colonización.

Sobre pocos problemas nacionales ha existido más lamentable desorientación que en lo que se refiere a la inmigración y colonización. Se han enseñado en escuelas y universidades y repetido con ingenua sencillez, que el Perú es un país despoblado, capaz de alimentar casi espontáneamente a una población cuadruplicada. Para medir nuestras posibilidades demográficas nos hemos limitado a cotejar nuestros índices de población con los de otros países, olvidándose que la densidad de población está en relación con la capacidad productiva de las tierras y con su accesibilidad y medios de comunicación.

Señalábamos los ejemplos del Brasil, Canadá, la Argentina y EE. UU, y hablabamos de las grandes posibilidades de nuestras montañas. Se pensaba simplistamente que con meras disposiciones administrativas era posible atraer fuertes corrientes inmigratorias y que de su ausencia era solo culpable la ineptitud de nuestros gobernantes. Al crear la Dirección de Colonización se creyó en la llegada inmediata de fuertes contingentes extranjeros.

Mas los diversos intentos realizados hasta la fecha han fracasado principalmente porque no basta instalar a un grupo de colonos en una zona determinada para que la obra quede concluida. Es necesario suministrarle instrumentos y créditos, ayudarlos mientras la tierra produce lo suficiente, proporcionarles mercados y vías de comunicación. Por ese mismo motivo, estamos presenciando el fracaso de la colonización polaca en la irrigación de La Esperanza, en las vecindades de Lima, en la actualidad totalmente desamparados. Además se ha creído que colonizar era traer tan solo europeos, así pertenecieran a las ínfimas esferas sociales como el caso de los de los cosacos importados.

El Perú no ofrece las condiciones de inmigración de EE. UU, el Canadá o la Argentina. Las migraciones se regulan por leyes efectivas y por factores naturales y no atendiendo a preferencias caprichosas o al acaso. El requisito primario de toda inmigración es que existan tierras agrícolas de propiedad fiscal, que los colonos puedan obtener gratis o en condiciones de precio y pago muy favorables, con medios de comunicación fáciles y baratos. Los países

favorecidos por las grandes corrientes migratorias en el siglo pasado y a comienzos del actual poseían enormes extensiones de tierras planas, de excelentes condiciones agrícolas. El extranjero apenas llegado se hacía dueño de un lote de tierra por el solo hecho de pedirlo.

Las condiciones agrícolas eran tales que bastaba arañar la tierra para obtener pingües cosechas. Por su clima, aquellas tierras podían dedicarse a producciones similares y a sistemas agrícolas semejantes a los que practicaba el inmigrante en su tierra natal. Excelentes medios de comunicación con mercados seguros y favorables aseguraban la colocación de los productos. Los inmigrantes recibían la ayuda eficaz de gobiernos ricos que proporcionaban generosamente medios de sostenimiento al colono hasta que la tierra principiara a producir. En la pampa argentina o en las llanuras del Canadá, el colono no tenía sino que tirar la semilla y esperar el producto. Las cosechas se acumulaban en espera del ferrocarril que avanzaba rápidamente desde que no había sino que colocar durmientes y clavar rieles.

El Perú ha estado esperando ilusionado la llegada del inmigrante europeo. Hace 60 años, en 1876, Mariano Felipe Paz Soldán escribía "Hace 50 años que estamos esperando al inmigrante europeo y todavía no hemos visto llegar ninguno" Después de medio siglo podemos repetir lo mismo.

¿Cuáles son las favorables condiciones que ofreceríamos al inmigrante?.

Necesitaría, en primer lugar, tierras disponibles. ¿Dónde hallarlas?. En las costas, faltan tierras laborables para una población que crece incensatamente. La sola necesidad que hay de irrigar nuestra costa para conseguir nuevas tierras muestra la realidad del problema.

En la sierra, no solo no existen tierras disponibles sino que la colonización no puede efectuarse con elementos extraños, por las dificultades de la altura y del clima. Por ello, si descontamos las grandes extensiones infecundas de la costa y las zonas de puna, duras y pobres, de la sierra o las laderas escarpadas de los Andes, la superficie habitable en el Perú es pequeña y no podría resistir sin una completa transformación de las condiciones agrícolas, mineras y económicas, fuertes acumulaciones migratorias.

Se nos dirá que queda la montaña, el granero del porvenir. La colonización de nuestra selva es algo prematura y seguimos aun obsesionados por la leyenda de un Dorado fabuloso. La floresta es en la actualidad, una región inaccesible desde los puntos de vista comercial y económico, y en algunos sitios, del geográfico. Sus ríos se salen de madre e inundan periódicamente zonas extensas. De fuerte insalubridad, el paludismo anemiza a los habitantes. Los

---

sistemas agrícolas que permitirían dominarlas y aprovecharla están aun por estudiarse y encontrarse. El hombre no puede todavía subyugar la exuberante vegetación natural ni utilizar provechosamente su flora. La falta de centros que sirvan de puntos de enlace y de consumo es otro obstáculo importante y las enormes distancias que alejan una zona de otra hacen impracticable la ayuda y colaboración entre ellas. La colonización de esta región tiene que ir forzosamente conectada con la resolución de estos problemas: vías de comunicación, organización agrícola y salubridad.

No cantamos aquí la elegía de la montaña. Tiene ella insobornables valores presentes y futuros. Andando el tiempo, será la región más rica e importante del Perú. El hombre peruano llegará a dominarla y explotarla habilmente. Pero ello acontecerá en un futuro no inmediato. Mientras tanto su problema demográfico solo tiene dos soluciones: civilizar la población aborígen y selvática, proceso largo y dispendioso y por ende, irrealizable por el momento o adaptar grupos colonizadores extranjeros, cuyo fracaso se ha visto varias veces.

El decreto restrictivo de la inmigración se orienta en este criterio realista y de aquí que señale un maximum de ingreso. Además, se inspira en hondas vigorosas consideraciones patrióticas. La inmigración japonesa, metódica, organizada y controlada oficialmente por su país, nos iba invadiendo constante y crecientemente, desplazando al nacional de múltiples campos de acción y aun de la propia agricultura como sucedía en los valles de Chancay y Rimac, e implicaba un serio peligro económico y político. El detener tan peligrosa penetración y resguardar así los sanos intereses nacionales es digno de toda loa y del mejor comentario.

J. P. P. S.

---